

# Los años de Caracas

BRAULIO ARENAS

“Don Andrés Bello me dijo, no una sino repetidas veces, que había nacido el 30 de noviembre de 1780”, señala Miguel Luis Amunátegui, uno de los más puntuales biógrafos del ilustre humanista americano<sup>1</sup>.

El historiador chileno —que disfrutó de la intimidad de don Andrés por largo tiempo— tuvo el buen tino de ir recogiendo todos sus recuerdos directos y verbales, y pudo trabajar, además, con cantidad de documentos inéditos.

Mas (señala Amunátegui), “nuestro protagonista que llegó a saber tantas y tan variadas cosas, y que las supo tan bien, ignoraba la fecha exacta de su nacimiento”.

Efectivamente, en contra de lo que el caraqueño suponía, había nacido el 29 de noviembre de 1781, sin que hasta ahora nosotros hayamos encontrado una explicación suficientemente clara para comprender este cronológico error.

Vio la luz en Caracas, en los alrededores del Convento de la Merced, en casa de su abuelo materno, Juan Pedro López, afamado pintor de asuntos religiosos<sup>2</sup>. “¡Cuántos preciosos recuerdos sugiere ese templo y sus cercanías, teatro de mi infancia, de mis primeros estudios, de mis primeras y más caras afecciones! Allí la casa en que nacimos y jugamos, con patio y corral, con sus granados y naranjos”, evoca el maestro muchísimos años después, desde Chile.

Su padre, Bartolomé de la Luz, abogado y músico (conocido especialmente por su *Misa del Fiscal*), murió en 1804, después de haber desempeñado, por largos años, el cargo de fiscal de la Real Audiencia y de la Renta de Tabaco, en Cumaná, dejando a su mujer, Ana Petrona

<sup>1</sup>Miguel Luis Amunátegui, *Vida de don Andrés Bello*. Santiago de Chile, 1962.

<sup>2</sup>La vida y obra de Juan Pedro López han sido trazadas en un completísimo estudio de Alfredo Boulton: *El solar caraqueño de Andrés Bello*. Ediciones La Casa de Bello, Caracas, 1978.

López, en aflictiva situación económica. La madre de nuestro humanista se vio obligada, entonces, a solicitar del monarca español una pensión por vía de limosna<sup>3</sup>.

Si bien la niñez y la adolescencia de Bello fueron difíciles desde el punto de vista material, tuvo en cambio la fortuna de ver facilitada su iniciación intelectual gracias a la presencia de fray Cristóbal de Quesada. Este sacerdote mercedario, de aventurera existencia, fue quien mostró al futuro maestro la senda que éste no abandonaría jamás<sup>4</sup>.

Ya sea por esta influencia sacerdotal, o bien porque su propio espíritu así lo determinara, o por cualquier otra razón, lo cierto es que Bello, desde su más temprana edad, se sintió con vocación suficiente como para realizar las grandes tareas que el mundo de las ideas parecía exigirle.

La muerte del padre Quesada, en 1796, llevó al joven Andrés a matricularse en el Seminario y Universidad de Santa Rosa de Caracas, pues, hasta la fecha, sólo había recibido lecciones particulares del mercedario, especialmente orientadas hacia el conocimiento de la lengua latina.

El Seminario y la Universidad no contaban con edificio propio, de ahí que ambos institutos ocuparan una común sede, "donde seminaristas y universitarios compartían las mismas aulas, la misma biblioteca, el mismo refectorio, la misma Capilla para los oficios religiosos y las colaciones académicas y casi hasta los mismos catedráticos"<sup>5</sup>.

Fue su profesor en dicho establecimiento el presbítero José Antonio Montenegro, de amplia reputación, por esos días, en cuanto a sus conocimientos humanísticos y a sus composiciones líricas.

También contribuyó a la formación del aprovechado alumno el presbítero Rafael Escalona, abierto espíritu que, amén de la lógica, súmulas, ánima, física y metafísica —todo esto según el pensamiento aristotélico—, impartía conocimientos científicos, según lo conocido hasta el momento en dichas disciplinas.

<sup>3</sup>Existe el Expediente en que doña Ana López solicita una pensión por vía de limosna por la muerte de su esposo. Archivo General de Indias, Sevilla. Audiencia de Caracas. Legajo 395. En cuanto al nombre de la madre de don Andrés, éste aparece como Ana Petrona, en su partida de bautismo, mas en otras ocasiones se la llama Ana, Ana Petronila y Ana Antonia.

<sup>4</sup>La personalidad de este maestro ha sido estudiada por Lucas Guillermo Castillo Lara, *Nuevos elementos documentales sobre fray Cristóbal de Quesada*. (En la obra, *Bello y Caracas. Primer Congreso del bicentenario*, Caracas, 1979).

<sup>5</sup>Ildefonso Leal, *Andrés Bello y la Universidad de Caracas*. (En la obra, *Bello y Caracas: Primer Congreso del bicentenario*, Caracas, 1979).



Asimismo, gracias a un condiscípulo, conoció a los hermanos mayores de éste: Francisco Javier y Luis Ustáriz, cuya casa fue el centro intelectual de la capital venezolana en los tiempos del estudiante Bello.

Allí se reunían los integrantes de una generación que influiría claramente en la cultura, en la política y en la independencia del país, siendo dato conocido que también frecuentó dicha tertulia Simón Bolívar.

En 1800 —al despuntar aquel siglo en que se consagraría la libertad de nuestros países— obtuvo don Andrés el grado de bachiller en artes, título menor que confería la Universidad caraqueña<sup>6</sup>.

Sus estudios no proseguirían después de alcanzar dicho grado: nunca más se le vería como alumno de cursos sistemáticos en academias universitarias, pudiendo decirse, por tanto, que todo lo obtuvo el maestro gracias a la asimilación de los conocimientos adquiridos por su propia iniciativa.

No sabemos las razones que le impulsaron al desestimiento de un título mayor en las facultades de la Universidad de Santa Rosa, pero dos años después le encontramos incorporado a la carrera administrativa, en la secretaría de la Gobernación de Venezuela, Capitanía General.

En el espacio que va desde su salida de la Universidad y su incorporación a sus trabajos de oficina, trató de ganarse la vida dando clases particulares, pues “la reputación de su saber había salvado las paredes del colegio, y se había extendido por la ciudad” (Amunátegui).

No le reportaron mayor beneficio económico estas lecciones, sino “las gracias, las simples gracias, con que los padres o tutores, algunos de ellos muy pudientes, recompensaban los servicios del joven”, nos informa el biógrafo chileno, quien agrega: “Uno de los muy raros que dio a Bello por honorario algo más que buenas palabras fue Bolívar, quien le obsequió un traje completo, esto es, un pantalón y una casaca de paño”<sup>7</sup>.

Tal vez la razón primera de la interrupción de sus estudios universitarios fuera la aflictiva situación económica de la familia, la que no tenía otro recurso que el suministrado por el cargo de fiscal que ejercía el padre<sup>8</sup>.

En 1804 se estableció en Caracas la Junta Central de Vacuna,

<sup>6</sup>Sobre este título, ver la completa información de Ildefonso Leal en su ensayo: *El grado de bachiller en artes de Andrés Bello*. Ediciones de La Casa de Bello, Caracas, 1978.

<sup>7</sup>Amunátegui, *Obra citada*.

<sup>8</sup>Además de don Andrés, el matrimonio contaba con los siguientes hijos: Ana

siendo nombrado Bello como secretario en lo político, con carácter de interino, en 1807.

Durante el desempeño de sus labores, entregó dos textos concernientes a la materia, los que han sido motivo de una publicación, en 1979, por parte de *La Casa de Bello*, benemérita institución que dirige Oscar Sambrano Urdaneta<sup>9</sup>.

En 1808 tiene lugar la instalación de la imprenta venezolana, y se encarga a nuestro humanista la redacción de la *Gazeta de Caracas*, primera publicación periodística del país<sup>10</sup>.

Precisamente, por ese año, ya brotaban los síntomas de la revolución que debería estallar en 1810: precursores de ese estallido fueron el motín de Aranjuez —con la caída del favorito Manuel Godoy—, el levantamiento del pueblo español, la abdicación de Carlos IV, la prisión de Fernando, la ocupación peninsular por las tropas napoleónicas, la creación de Juntas en cada provincia española y la “Conspiración de los Mantuanos”.

Este último suceso (protagonizado por los principales criollos caraqueños, en cuanto a la influencia social que ejercían por su cultura y por sus medios de fortuna) acaso fuera el que impulsó al Capitán General Juan de Casas para apresurar el funcionamiento de un periódico, con su consiguiente prédica, cada viernes, en pro de Fernando VII.

“¿Por qué aceptó Bello la tarea de redactar la *Gazeta de Caracas*? Creo que en verdad le hubiese sido difícil rechazarla, una vez ofrecida. Pienso, además, que si nos situamos en las circunstancias de Bello y

---

Josefa, José de los Santos, José Eusebio de Jesús, María de los Santos, María del Rosario, Florencio y Carlos. Alfredo Boulton, *El solar caraqueño de Andrés Bello*, Caracas, 1978.

<sup>9</sup>Estos trabajos son: *Reglas que pueden servir a la creación, forma y primeras funciones de las Juntas Subalternas de Vacuna* (12 de diciembre de 1807) y *Plan de arbitrios presentado a la Junta por el secretario* (27 de febrero de 1808).

<sup>10</sup>“Dos órdenes de razones explican que el cargo de redactor de la *Gazeta de Caracas* le fuera ofrecido a Bello. En primer lugar está su condición de escritor bien acreditado, su capacidad intelectual e integridad moral, su conocimiento tanto del castellano como de otros idiomas modernos que le permitía traducir pulcramente las noticias y los comentarios o artículos que aparecían en periódicos escritos en inglés o en francés. En segundo término, contaba mucho el hecho de que él, como Oficial Segundo de la Secretaría de la Gobernación Capitanía General, gozase de la plena confianza de las autoridades, que bien habían podido apreciar, al lado de sus dotes intelectuales y de sus vastos conocimientos, su natural discreto, ecuaníme y comedido, que no excluía en modo alguno la firmeza”. Manuel Pérez Vila, *Andrés Bello y los comienzos de la imprenta en Venezuela*.



consideramos las características de la época y del medio sin anacronismos distorsionadores, resulta claro que él no tenía por qué rechazarla: la imprenta y sus productos —instrumentos de lucha política, ciertamente— eran también instrumentos de cultura, lo cual debía significar no poco para el poeta ya activo y para el hombre de pensamiento”, aclara Manuel Pérez Vila, en su estudio indicado.

Al mismo tiempo que la redacción del periódico, Bello meditaba en ampliar el uso de la imprenta y así fue como concibió y publicó un *Calendario Manual y Guía Universal de Forasteros en Venezuela para el Año de 1810*, considerado, por Pedro Grases, como el primer libro impreso en el país.

Se trata de una obra de 64 páginas, en la que se registra un interesante estudio del propio Bello acerca del desenvolvimiento histórico de Venezuela, y primer trabajo suyo de vasto alcance<sup>11</sup>.

Hemos examinado esta producción, comprobando en ella cómo están visibles las características de todas sus creaciones posteriores: el apoyo en la información fidedigna; el manejo de los datos para elaborar, a través de ellos, su propio pensamiento, su propia hipótesis y su propio axioma; expresando cada párrafo, así como la totalidad del escrito, con un lenguaje de gran claridad, de perfección formal y de profundo estilo.

Por otra parte, la existencia cotidiana del sabio caraqueño no transcurría en un lecho de rosas, precisamente.

La situación política del país se agudizaba cada vez más, del mismo modo que las penurias económicas de la familia —la madre y sus numerosos hermanos— no tenían término.

Nos preguntamos: ¿cómo pudo don Andrés mantener la serenidad necesaria, en medio de tantos embates de la realidad, para cumplir aquella función humanística que él mismo se había impuesto?

Como el personaje de George Meredith, nos parece que él sabía encontrar siempre un lugar tranquilo en el corazón de la tormenta, pues igual serenidad iría a mantener también —mientras cumplía sus años de aprendizaje— en el ambiente londinense, no por egoísmo, no por sustraerse a las diarias contingencias, pues clara muestra dio a lo largo de su vida de la intrepidez con que sabía afrontarlas, sino porque, asumiendo su papel vital, igualmente tendría la entereza, y con cuántos sacrificios, para cumplir la tarea intelectual.

<sup>11</sup> Esta obra, *Resumen de la Historia de Venezuela*, ha sido reeditada, con unas *Palabras preliminares* de Pedro Grases (Ediciones de *La Casa de Bello*, Caracas, 1978).

Así las cosas, el 2 de abril se produjo en Caracas una intentona revolucionaria para crear una Junta de Gobierno.

El brigadier Vicente de Emparán había sido designado por la Junta Central de Sevilla como presidente de la nación, pero los españoles europeos así como los españoles americanos consideraban que sus ascensos provenían de un cierto favoritismo napoleónico.

Imbuidos de esta idea, los patriotas criollos lograron convencer al coronel de milicias de los valles de Aragua, y a sus hombres, para que se levantaran en armas contra Emparán.

Fracasado este golpe, por anónima delación, el presidente se limitó a relegar a los cabecillas, entre ellos Simón Bolívar, al interior del país.

El movimiento, fracasado el 2 de abril, triunfó el 19 del mismo mes, siendo una de las primeras medidas de la Junta enviar una misión a Londres, para tratar con esa potencia del reconocimiento del nuevo estado de cosas.

Componían la delegación Bolívar, López Méndez y el propio Bello.

Solamente entonces estalló el rumor de que había sido el sabio humanista, desde su secretaría de la Capitanía General, el autor de la delación.

Es posible que los españoles europeos se encargaran de propalar esta calumnia, movidos por el despecho de verle como participante de una tarea del nuevo gobierno.

Es posible, también, que la ociosidad pública haya tenido mucho que ver, pues, por los mentideros, se señalaba a éste o a aquél como culpable de la anónima información.

Oigamos a Amunátegui: "Todo indica que aquello fue un verdadero secreto a voces. Es de presumirse que aquellos hombres arrebatados, y aún inexpertos en las maquinaciones políticas, hablaran, no sólo en sus conciliábulos, sino también afuera. De este modo, debieron ser, sin advertirlo, delatores de sí mismos".

Se embarcaba el humanista rumbo a un nuevo destino, inseguro éste, misterioso e inquietante.

Atrás quedaba su patria, a la que no regresaría nunca más, atrás, su familia y atrás su juventud.

Hombre ya, presintiendo que el nacimiento de la nueva Venezuela no dejaría de ser tormentoso, sabiendo que nada de lo que le ofrecía el porvenir le sería dado sin sacrificios, tal vez en el barco que le conducía al Viejo Mundo se sintiera alentado por las palabras con que le animara Juan Germán Roscio, el flamante secretario de Relaciones Exteriores: "Ilústrese más para que ilustre a su Patria".